

base de la doctrina de Manes, que va al fin á parar en el vasto abismo del panteísmo. Para que esta introduccion del sistema religioso de la Judea se acomodase mejor al genio occidental, Manes trató de añadir una serie de emanaciones que llegaban á enlazar su herejía con el gnosticismo. El África fué infestada la primera de los errores de Manes, que se esparcieron con gran rapidez por toda la extension del imperio. Ya hemos visto que en 296 el emperador Diocleciano dió contra los Maniqueos una ley muy severa; porque como venian de la Persia, enemiga de Roma, y que formaban una secta peligrosa, pues que tendia á favorecer la introduccion en el imperio de los usos abominables y leyes incestuosas de los Persas, la ley ordenaba que sus jefes fueran quemados, los demás decapitados, y los de rango inferior trasportados á las minas con pérdida de sus bienes. Bajo tan terribles edictos el maniqueísmo no tardó en apagarse, y no conservó sino sectarios aislados, sin union, sin cuerpo de doctrina y sin comunicacion entre sí. Solo es dado triunfar á la verdad, en campo abierto, en la arena de las sangrientas persecuciones. Diocleciano publicó contra la religion cristiana edictos mucho mas crueles] y ejecutados puntualmente en una escala infinitamente mayor]; mas el catolicismo salió victorioso de una lucha en la cual sucumbió para siempre el maniqueísmo.

A mas de los grandes sistemas de herejía de que acabamos de hablar, la primera época de la Iglesia vió salir sectas que no atacaban de frente el conjunto de su doctrina, sino solo algunos dogmas particulares. Los de la santísima Trinidad, Encarnacion y Redencion fueron objeto especial de los herejías de los primeros siglos bajo formas y títulos diversos. Los unos, animados de disposiciones radicalmente anticristianas, negaban abiertamente la divinidad del Redentor, y por lo tanto la Redencion misma. Contra estos tuvo la Iglesia que defender la divinidad de Jesucristo, como ya habia tenido que defender su humanidad contra los gnósticos. Otros enseñaban, á la verdad, cierta union de la divinidad con Jesucristo; pero desechando la distincion de personas, y no queriendo ver en

los nombres de Padre, Hijo y Espíritu Santo sino los aspectos diversos de una persona divina, decian que el *Verbo*, que se habia unido á Cristo, era ese mismo Dios único, ó el Padre. Hemos indicado en sus respectivas épocas los nombres y tendencias de cada uno de esos herejes, cuya generacion, comenzando en Praxeas, y parando en Arrio, en el cuarto siglo, no hizo en el intervalo sino renovar ataques diversos, que todos se reducian en último análisis al mismo punto, la negacion de la divinidad de Cristo. Como si fuera necesario que la nascente Iglesia estuviese atacada por toda suerte de combates, para que resistiendo á todos probase mejor la inmensidad de la fuerza que la sostenia, le suscitaron nuevos embarazos y peligros los largos cismas de Felicísimo, Novato, Novaciano, Donato, etc. En las contiendas contra tantos enemigos, los Padres y doctores apelaban incesantemente á la tradicion, como regla infalible de la fe. La doctrina católica, siendo una doctrina revelada, no está en mano de ningun espíritu rehacerla en el sentido de sus propias inspiraciones: la tradicion debe quedar lo que ha sido. Cada hombre, sin necesidad de descender á los detalles de controversia, puede á cada momento discernir la verdadera fe de los falsos sistemas y arbitrariedades de los herejes, con solo consultar esta regla infalible de la tradicion católica que de antemano condena todo sistema nuevo, todo sistema que lleve nuevo nombre. Todos los santos Padres apelaban á esta tradicion, vivo evangelio que completa al Evangelio escrito. Mostraban la necesidad de creer en la Iglesia, y en ella sola, so pena de flotar al azar de las humanas opiniones, *á todo viento de doctrina*. Y esta demostracion bastaba para garantizar á los fieles contra los peligros de una propagacion disidente. Mas no se ceñian á esta refutacion general, y hemos visto cómo cada error en particular encontraba en los doctores católicos sabios y valerosos adversarios.

9. El gobierno de la Iglesia, fundado en el principio de unidad, en la supremacía de los romanos Pontífices, perpetuándose en una jerarquía perenne, presentaba un obstáculo

invencible á la invasion del error. Hemos demostrado desde el fin del primer siglo la accion incesante y soberana de esta autoridad visible, verdadera piedra contra la cual no *prevalecerán jamás las puertas del infierno*. Para consagrar la sucesion de los Pontífices con monumentos estables, se introdujo en la época primera el uso de inscribir el nombre de los obispos de cada iglesia en tablas llamadas entonces dípticos sagrados. Quedando de este modo consignada la sucesion de las principales sedes episcopales, se podia remontar por medio de una viva y no interrumpida cadena hasta el origen apostólico, fuente de la verdad. La disciplina, estrechando sus lazos, ayudaba y cooperaba tambien al sosten de la fe y de la integridad de la doctrina. Fueron determinadas reglas para la admision de los neófitos en el seno de la Iglesia. Los catecúmenos, á quienes no se desdeñaban enseñar los primeros elementos de la doctrina cristiana los mas ilustres doctores, tales como Clemente de Alejandria, Origenes y otros, no se recibian al bautismo sino mediante un serio y profundo exámen. Antes de las épocas fijadas para el bautismo solemne, se les hacia pasar algunos dias en el retiro, ayuno y oracion, uniéndoseles los fieles en tan santos ejercicios. El lugar de las asambleas, mientras las persecuciones, era en Roma las catacumbas, y en las demás ciudades, las casas particulares aisladas, ó subterráneos, donde se reunian en secreto por temor de los paganos. Acompañaban ordinariamente la celebracion de los divinos misterios cantos de himnos y salmos, la lectura de los escritos de los Apóstoles y Profetas, cartas dirigidas á las iglesias por algun obispo santo, y en fin una exhortacion viva y edificante ú homilia sobre algun punto de la Escritura. Despues de la consagracion del pan y del vino, los diáconos los distribuian á los asistentes y llevaban á los ausentes impedidos. Se introdujo la costumbre entre los fieles de darse mutuamente pan comun que habia servido en las ágapes y que solo estaba bendito. Estas especies de envíos ó regalos se llamaban *Eulogias*, y significaban, bajo el emblema del pan del que todos participaban, la union en una misma fe y en la esperanza de una

misma vida. La costumbre de bendecir el pan los domingos en nuestras iglesias, á mas de recordarnos la conveniencia de comunicar los asistentes con el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, representa aun la tradicion primitiva de las *Eulogias*. — El uso de luminarias ó luces en las iglesias durante el oficio divino, parece venir de que en los primeros tiempos de la Iglesia los cristianos se veian obligados á reunirse durante la noche ó en lugares oscuros. [Sin embargo, los santos Padres y la liturgia sagrada nos ofrecen repetidas veces razones místicas de este uso de los cirios y lámparas, como se observa á primera vista en la bendicion del fuego nuevo y del cirio pascual en el Sábado santo.] Es probable, por lo demás, que este uso se habrá perpetuado, aun fuera de los casos de necesidad, como en memoria de la tradicion judía de los candeleros de oro y de las antorchas que ardian constantemente ante el tabernáculo. En el intervalo de las persecuciones, los cristianos se aprovechaban de los momentos de paz que se les dejaban, para construir iglesias y basílicas á cielo raso, donde celebraban sus asambleas. La persecucion de Maximino destruyó muchedumbre de estos lugares santos, erigidos por la piedad de los fieles. Mas tarde, á medida que los paganos abandonaban sus templos, los cristianos los purificaban y tomaban posesion de ellos para inaugurar el culto del verdadero Dios. La forma de estos monumentos primitivos de la naciente Iglesia debió modelarse segun las reglas de la arquitectura romana. La arquedogía religiosa ha estudiado con cuidado, en nuestros dias, las modificaciones que en cada época y bajo la influencia de climas diversos ha experimentado la construccion de las iglesias. En los tres primeros siglos las partes principales de cada templo eran el *atrio*, patio donde se colocaban los catecúmenos, penitentes y neófitos, que aun no habian recibido el permiso de asistir mas de cerca á la celebracion de los misterios, y á quienes los diáconos hacian retirar del interior del templo en el momento solemne: [cuando para oir los sermones ú otras exhortaciones entraban en la nave misma de la iglesia, acabado el sermon

ó instruccion los diáconos les hacian retirar por grados, y á los neófitos los últimos, poco antes de la consagracion]; el *bautisterio* con sus piscinas sagradas, donde se conferia el bautismo por inmersion. Ordinariamente habia dos piscinas, una para los hombres, otra para las mujeres: en el bautismo de estas era necesario el oficio de las diaconisas para evitar toda indecencia. El interior del templo estaba separado desde luego por un gran velo en dos partes distintas, para hombres la una, la otra para las mujeres. Y en fin el *sagrario* ó *santuario*, dispuesto de forma que, la sede episcopal puesta mas cerca del altar, los ministros estuviesen sentados jerárquicamente entre el obispo y el pueblo. Entre el *santuario* y el interior del templo estaba colocado el *ambon* ó púlpito de modo que pudiesen los predicadores hacerse oír á la vez de hombres y mujeres. Tal era comunmente la disposicion de las iglesias hasta el tercer siglo. Los sagrados misterios se ofrecian siempre en un altar que contenia el cuerpo de algunos mártires. En las catacumbas, el sepulcro de los mártires servia de altar. De aquí ha procedido la costumbre de colocar reliquias en las aras sacras, donde reposan durante el sacrificio de la misa el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo. La Iglesia, atenta á conservar piadosamente los restos mortales de sus hijos destinados un dia á resucitar en la gloria, consagró desde luego lugares separados de las sepulturas paganas para depositar en ellos sus difuntos. Tertuliano habla de estos *koimeteria* ó cementerios (del verbo *koiman*, dormir), donde reposan los cuerpos de los justos en el sueño de la muerte, esperando el despertador de la resurreccion eterna. Las tumbas de los fieles estaban frecuentemente adornadas de pinturas y esculturas piadosas (1). San Cipriano recomienda á los fieles de Cartago la oracion por los muertos como una práctica santa y saludable. Vemos pues, ya en los tres primeros siglos de la Iglesia, el conjunto de las instituciones cristianas que los protestantes rechazan como recientes innovaciones.

(1) Véase *Roma subterránea*, y la obra de Raoult Rochette sobre las Catacumbas.

La penitencia pública estaba ya determinada segun reglas canónicamente establecidas por los concilios particulares, que ya hemos hecho observar muchas veces. Mas estas reglas no eran tan absolutas que no estuviesen sujetas á modificaciones exigidas por la diversidad de tiempos y usos de las iglesias particulares. Los que estaban sometidos á penitencia pública venian el primer dia de cuaresma á la puerta de la iglesia en hábito penitente: el prelado les ponía ceniza en la cabeza y les daba vestido de cilicio para cubrirse, y se postraban mientras que se oraba por ellos. Acabada la oracion, el prelado les hacia una exhortacion, despues de la cual se les conducia á la entrada de la iglesia, cuyas puertas se cerraban de propósito ante ellos. Venian los dias de fiesta á presentarse á las puertas de la iglesia, en donde permanecian durante el oficio. Pasado algun tiempo, se les admitia al sermón, y salian antes del Cónon: mas tarde eran admitidos á todas las oraciones, pero postrados; y en fin se les permitia orar de pié como los demás, pero con la diferencia de que estaban colocados al lado izquierdo en la iglesia. Estos cuatro órdenes de penitentes se distinguian con los nombres de: *plorantes*, *auditores*, *prostrati* y *consistentes*.

Tal era en su conjunto dogmatico, jerárquico y disciplinal la Iglesia, contra la cual se estrellaban los esfuerzos de los emperadores, magistrados y gobernadores romanos. Tenia vida íntima y divina, que no podian destruir ni la espada de los tiranos, ni el odio popular, ni los argumentos capciosos de los filósofos, ni las trabas de una legislacion hostil. Cual Jesucristo saliendo vencedor de su sellado sepulcro, la Iglesia debia salir victoriosa de tantos obstáculos, de tantos enemigos, para reinar en fin sobre el mundo.